

RELATO NEGRO

El caso de la trufa blanca.

He leído en foros que, si camuflas el sabor de la toxina con trufas, no se nota...

MARTA SAN MIGUEL

Es posible que alguien oiga sus gemidos. En este edificio, escuchamos la cisterna o el pitido del microondas de un piso a otro. Si acaso encontraré alguna nota pidiendo discreción. En esta comunidad somos de comunicarnos con pedazos de papel por debajo de la puerta o pegados en el portal, aunque luego, cuando nos cruzamos en el ascensor, siempre nos sonreímos. Estoy segura de que confundirán los ruidos de esta noche, cuento con ello: sé que lo mencionarán con pudor cuando la policía venga a interrogarnos por la muerte de mi vecino recién llegado. Tengo todo previsto.

Nunca he matado a un hombre, pero he visto morir a uno. Y desde entonces busco un cuerpo para asistir de nuevo a ese milagro. He buscado en internet, pero no encuentro nada. De los muertos solo dicen que parecen personas dormidas, pero no es así: los muertos transmiten una quietud que no es de este mundo, y aunque a la mayoría eso le da pavor o asco, resulta que a mí me ha provocado todo lo contrario. A mí me ha dado la vida. Ver morir a ese tipo fue como salir del útero de hormigón y poliéster en el que flotaba. Ahora las cañas en el barrio, ir la peluquería, el contrato en el laboratorio donde me han hecho fija tras seis años limpiándoles los baños, el cajero donde saco dinero... Ahora todo esto es un puñetero decorado de mentira.

Sucedió al caer la noche. Estaba sola, leyendo en la parada de autobús, cuando llegó un tipo hablando a gritos por teléfono. Tendría mi edad, o quizá llegaba ya a los cincuenta. Con barriga y traje barato, desprendía una impresión de torpeza al intentar aparentar ser algo con las palabras. Pensé en un comercial, o

en un vendedor de coches de segunda mano. Llevaba el móvil pegado a la cara rechoncha, roja por las aletas de la nariz. Era chabacano y banal, y me dio repelús su boca al hablar con tanta baba dentro. Aun así le miré como se mira a los que gritan por el móvil, pero el tipo ni se dio cuenta. Al

Parecerá muerte natural, como la de aquel día. Nadie sabrá que he sido yo; si acaso, dejarán una nota cuando noten el mal olor del vecino

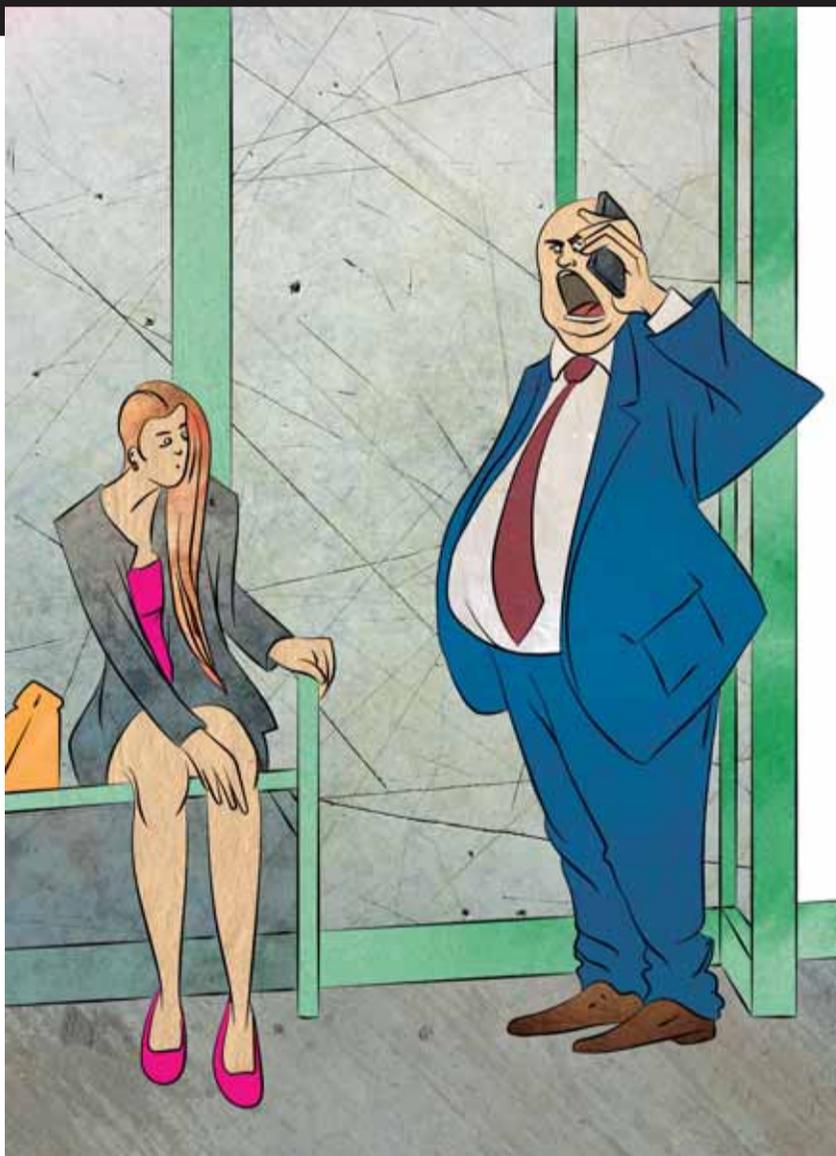


ILUSTRACIÓN TOMÁS ONDARRA

contrario habló más alto, tosió un poco y subió más el volumen, y sin dejar de hablar volvió a toser y a gritar un poco más, hasta que se empezó a poner morado. Entonces, justo cuando iba a pedirme ayuda, cayó al suelo como una alfombra enrollada. Fue un golpe seco. Ese ruido, mientras los coches circulaban por delante de nosotros, provocó algo que no había sentido nunca; un temblor vivificante, puro.

No grité. Tampoco me asusté. Era como ver una estrella fugaz atravesar el cielo con la lentitud de un elefante. El temblor dejaba un reguero de placer al bajar hasta las uñas de los pies, al subirme por la nuca. Me quedé observando la muerte, tan asquerosa y divina en el cuerpo de ese hombre, con los ojos tiesos como

picaportes en la cara. El pelo se le movía por el viento, el móvil mantenía la pantalla encendida, pero qué estaría pasando por dentro. Imaginé su sangre convirtiéndose en algo denso, venas de regaliz; le apreté la barriga y comprobé la veracidad del último aliento como frase hecha, le cayó sudor por la sien. Cuando llegó la ambulancia, me dieron varias pastillas, me hicieron preguntas, me tumbaron y me pusieron de pie. Decían que estaba en shock, pero cómo explicarles que jamás había estado más lúcida. Alguien me metió en un taxi cuando se llevaron el cuerpo del tipo. Sus zapatos baratos fue lo último que vi.

Desde entonces me pregunto si un cadáver puede llorar, cuánto tiempo sigue moviéndose la sangre con el corazón parado, si notas el frío en la piel enseguida o poco a poco, cuánto tarda en secarse la lengua, cuánto tiempo se pueden mover los párpados hasta que la córnea se convierte en una nuez que no resbala. Me preguntó cómo será ver esa quietud de nuevo.

Esta noche haré la prueba con mi nuevo vecino. Nunca he matado a un hombre, pero él no parece preocupado porque suceda. Hace dos meses se mudó a nuestro edificio y en este tiempo me ha pedido sal, una cita y la llave del contador del agua varias veces. Le he dicho que mi plato favorito son ravioli con trufa y que yo llevo el vino blanco. Ahí está la botella enfriando en la nevera donde guardo algo de botulina del laboratorio. He leído en foros que si camuflas el sabor de la toxina con trufas no se nota, pero tiene que ser trufa blanca. También decían que no deja rastro en sangre, que parecerá muerte natural como la de aquel día. Nadie sabrá que he sido yo, si acaso dejarán una nota por debajo de la puerta cuando noten el mal olor del vecino.